

“Lo que ocurrió en Matanzas con la otra estatua de Fernando VII”

Por Lydia Cabrera

“El odio mata pero no hereda”.
Refrán yorubba.

VANDALISMO: “espíritu de destrucción que no respeta cosa alguna”.

Puede decirse sin exageración, desgraciadamente, que es este espíritu el que guía en sus considerandos y decisiones a los “conservadores” oficiales del Patrimonio histórico nacional y que entre nosotros, realizar un acto vandálico es un derecho que por lo visto puede arrogarse, sin escandalizar, cualquier decidido hijo de vecino.

En los años de la guerra íbamos con mucha frecuencia a Matanzas, conduciendo a los amigos extranjeros que nos visitaban y deseaban llevarse la imagen de una Cuba tradicional que no encontraban, excepto en sus andanzas al azar por la Habana Vieja, en las barriadas flamantes, Sloppie Joe's u otros sitios que se le querían imponer al turista, creyendo, ingenuamente, seducirle y convencerle de que los encantos de la isla pueden reducirse, para todos los gustos, a un daiquirí y a una mixtificada danza afro-cubana: toda Cuba simbolizada en el par de maracas que las tiendas de “souvenirs” les brindan, junto a los no menos, para nosotros, “natives”, simbólicos caimancillos disecados.

No dejábamos nunca de hacerle una visita a la estatua del monarca innombrable, sin importárenos un bledo que hubiese sido en vida, mal hombre, mal hijo, mal rey; alegrándonos, al contrario, que se conservase su efigie en tan brava pieza escultórica, pues es de sentir, sinceramente, que no nos quelen de la colonia, otras tantas, de príncipes, dioses o personajes, comparables a aquella en importancia.

Ya se hablaba en La Habana de la amenaza de un antojillo personal que pesaba seriamente, sobre su Fernando VII y los hermosos escudos tallados en mármol que decoran las puertas del actual Ayuntamiento y Palacio del Segundo Cabo, los cuales, sería el colmo de la necesidad, que algún

día, por los mismos motivos, fuesen a hacerle compañía a la estatua, enteros o en pedazos.

Nada hacía presumir que en la apacible Matanzas, peligrara su existencia y dejase de ocupar su sitio en calidad de meritísima antigualla de gran estilo, en el viejo paseo de Versalles, sin más tropiezo, Don Fernando, después de la Independencia, ni otra huella en su real persona, que la de una pedrada, muy comprensible en la primera embriaguez del triunfo, —en 1899— que le lanzara en su incontenible júbilo, un ciudadano particularmente expresivo.

Pero la pedrada no tuvo mayores consecuencias, y el Narizotas, empuñando el cetro, por ella roto en un extremo, al revés del Narizotas habanero, que se conservó intacto, siguió aparatoso e inofensivo, contemplando el horizonte con los grandes ojos de emperador romano que le regalara su autor el genovés Pescheira.

Ahí le dejamos, por última vez, el 1946, después de fotografiarle para el segundo volumen de la Historia monumental del Arte en la América Española, que comenzaba a preparar el ilustre especialista en la materia Don Diego Angulo Iniguez.

Cuando regresamos dos años más tarde, acompañando esta vez a un norteamericano enamorado de la vieja arquitectura criolla, la estatua había abandonado su pedestal. Temiendo que las cuatro toneladas y media de mármol que pesaba el rey felón matancero, le impedían bajar a estirar las piernas y dar un paseo junto al mar, —como pretende el folklore universal que puede acontecer con las estatuas, —preguntamos a unos transeúntes, abrigando la peor de las sospechas, qué le había sucedido. Nos respondieron que hacía tiempo la habían quitado de allí, y que ignoraban los motivos.

Lamentamos en el alma la pérdida, que sólo podía achacarse a la más crasa ignorancia, de una escultura apreciable, y precisamente, porque databa del período colonial; porque era un número menos, otro vacío importante, en el modesto inventario de nuestras antigüedades y mientras el extranjero comentaba discretamente el caso, lamentándose, a su vez, de la falta de comprensión, de la falta de sensibilidad, de la falta



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

6

21

de respeto a la historia, "cubans are not historically minded" "what a pity!... yo recordé el juicio imperecedero de la gran Sarah, que allí venía de perillas. Claro está que no lo repetí, por pudor, al forastero compungido, quien me hubiese consolado recordándome, en lo que le concernía, el de Baudelaire. ¡Ah! la gran Sarah, pese a nuestro amor propio, fué muy generosa, hay que convenir en ello, concediendo a algunos de nuestros compatriotas, —porque en honor de la ver-

dad no podía referirse, ni creo que se refería a todos —mucho más generoso del que estrictamente aún merecen.

He seguido yendo con regularidad —a la provincia de Matanzas, para mi encantadora; pero ahora paso de largo, advirtiéndome cómo va perdiendo de día en día su aire criollo señorial, su carácter de ciudad romántica, muy del siglo XIX. Un horrendo parque infantil cercado como un campo de concentración, (¿en estos parques, se encierra a los niños para que jueguen a las fieras o para que aprendan a conducirse como fieras?), que inutiliza y descompone el monumental belvedere que construyó Machado sobre la bellísima bahía, nos hace desviar el camino y tomar (por no verle! el del cementerio. Y sólo hace unas semanas, visitando los muelles en compañía de quien fué excelente alcalde de Matanzas, Don Benigno González, recorrimos de nuevo el paseo de Versailles.

El lugar ocupado por el antiguo pedestal de Fernando VII, como un anticipo de lo que iba a hacerse más tarde en la Plaza de Armas, promoviendo el consiguiente escándalo, lo era ahora por una estatua moderna, negra como un tizón, de desproporción y fealdad tales que con ella se insulta y no intenta representar, convirtiéndole en un monstruo grotesco, desagradable a la contemplación; igual que en La Habana, la otra ridiculiza a Céspedes, transformándole en un Don Tancredo. Al fin supimos aquella tarde en la Escuela de Artes Plásticas, lo que sucedió exactamente el año de 1946, con la obra del maestro Ignacio Peschiera.

Imaginábamos que una moción del Ayuntamiento, inspirándose entonces en la misma fuente del habanero, que en aquella época no podía realizar su propósito, había querido dar al pueblo matancero, (que tampoco tenía nada en contra de su vieja estatua), un

doble ejemplo de patriotismo y... de moral doméstica, recluso en algún local indescriptible, por español, en primer término y por su mala conducta, al hijo incalificable de María Luisa y de Carlos IV.

Pero no, el Ayuntamiento de Matanzas, nos aseguraron, no había tenido la menor intervención en el asunto.

El atentado de que había sido víctima el rey Felón, espejo de felones, y tan felón que los mismos felones le odian, fué obra exclusiva de dos inclitos vecinos de la Atenas de Cuba, cuyos nombres ignoro, y de quienes no podría decir, en verdad, si son dollicocéfalos, braquicéfalos o acéfalos.

El mismo genio exterminador que había jurado odio implacable a la de la Plaza de Armas de La Habana, decretó la supresión de la estatua de Versailles. Logró infundir su fuego devorador del hondo Arallú, en aquellas dos almas afines, quienes mezclando sus bilis e impelidas por la misma violencia que caracteriza a un Utukku, decidieron vengar en la escultura, inofensiva como todas las estatuas y objetos inanimados, no se sabe qué complejos o resentimientos.

Nuestros dos héroes, ni cortos

ni perezosos, los nobles pechos inflamados, —que no se nos olvide este importante detalle, —del más puro patriotismo, contrataron un camión, y secundados por cargadores de brazos vigorosos, se encararon valientemente con el séptimo Fernando de Borbón.

Esto acontece en la quietud de la hora de la siesta, en el paseo solitario, y bajo la indiferencia del cielo, que jamás lograrán alterar las pequeñas ni grandes tonterías que abajo hacen los hombres.

Triunfalmente los civicos energúmenos cargaron con la estatua y decidieron arrojarla al río. Al río, el felón, ¡felón, felón! para que se hunda definitivamente en el cieno, y sirva de pasto, ¡oh durísima carnada! —todo es posible— a los peces inocentes del Yumuri.

Pero los héroes de aquella jornada gloriosa, no contaron con la Providencia, que al pasar el camión con su presa frente a la Escuela de Artes Plásticas, les salió al encuentro en la digna persona de don Pedro Avalos Torrens, elegido por ella, de improviso según

su costumbre, para rescatarle a Matanzas una obra en la que se conjugan el valor artístico y el histórico, y quizá más que nada, por respeto a la memoria de aquella sociedad matancera que fué una de las más cultas y refinadas de Cuba.

Avalo Torrens, le felicitamos calurosamente en estas líneas, obteniendo el permiso necesario de Don Manuel Rodolfo Tardú, director de la Escuela, tras mucho discutir sobre el verdadero sentido de la palabra civismo, y sobre la culpabilidad de la estatua, logró que los vándalos le abandonaran su trofeo, que costó Dios y ayuda bajar del camión e introducir en el estrecho vestíbulo de la Escuela.

Al descender el pesado don Fernando en la peor de las posturas, se le quebró la corona de laurel que no merecía; pero ahí está, mejor que en el fondo del río, —gracias a la oportuna intervención de los citados señores— hermoso mármol académico, faltó necesariamente de espacio y con su cetro y sus laureles rotos.

alm, at 14/55



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



La estatua se conserva actualmente en el augusto vestibulo de la Escuela de Artes Plásticas, gracias exclusivamente a la comprensión del señor Pedro Avale, Torres y al Director de la Escuela señor Manuel Rodolfo Tardó, que impidieron que se consumara totalmente el acto vandálico que se relata en este artículo.

IP

MONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



En una fotografía tomada especialmente por Josefina Tarafa para ilustrar nuestro texto, puede observarse la fineza de ejecución en los detalles de la golilla y del collar del toisón de oro.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA